

Maldivas

VIAJE SENSORIAL AL CORAZÓN DEL ÍNDICO

ESTE ARCHIPIÉLAGO OBLIGA A MIRAR DE OTRA MANERA. A ENTENDER EL VIAJE NO COMO UNA SUCESIÓN DE LUGARES, SINO COMO UNA INMERSIÓN EN UN PAISAJE DONDE EL OCÉANO MARCA EL RITMO Y EL HORIZONTE NUNCA SE QUIEBRA

Texto y fotos:

Javier García Blanco

Existe un matiz de azul que el ojo humano rara vez registra en la vida cotidiana. No es el celeste del cielo de verano, ni el marino profundo del Atlántico. Es un azul eléctrico, casi luminiscente, que parece irradiar desde las profundidades oceánicas. Ya desde la ventanilla del avión, el Índico se presenta como un gigantesco lienzo azul cobalto salpicado de pequeñas "manchas": los atolones.

Maldivas no es un destino geográfico al uso; es una anomalía geológica fascinante. Una nación compuesta por más de mil islas de coral, esparcidas como un collar de perlas roto sobre el ecuador, donde la tierra firme es la excepción y el agua la norma. Es el país más bajo del mundo, donde el punto más elevado apenas supera los dos metros sobre el nivel del mar. Esta horizontalidad radical provoca una sensación de inmensidad abrumadora; el cielo y el mar se funden en un abrazo constante, y el horizonte se convierte en una línea imaginaria que parece al alcance de la mano.

Es un lugar donde el tiempo, tal como lo conocemos en Occidente, deja de tener relevancia. No hay semáforos, no hay autopistas, y el único tráfico es el de los bancos de peces que cruzan los arrecifes o el de los dhonis (las embarcaciones tradicionales de madera) que cortan suavemente las olas.

Debido a esta peculiaridad geográfica, Maldivas ha desarrollado una idiosincrasia turística única en el planeta: el concepto de "una isla, un resort". A diferencia de otros destinos tropicales, donde el hotel es muchas veces el lugar donde se duerme después de explorar la región, en Maldivas el resort es el destino. La

Una nación compuesta por más de **mil islas de coral**, esparcidas como un collar de perlas roto sobre el **ecuador**

isla elegida se convierte en tu universo completo durante la estancia. Esta particularidad hace que la elección del alojamiento no sea un mero trámite, sino la decisión que definirá absolutamente el viaje. Cada atolón, cada isla privada, ofrece una narrativa diferente, desde el aislamiento monacal hasta una vibrante agenda llena de actividades. Para entender la poliédrica oferta de este paraíso, uno puede sumergirse en dos experiencias que, aunque comparten un mismo mar, ofrecen visiones complementarias del lujo maldivo: la vibrante energía de OBLU Xperience Ailafushi y la sofisticación de Varu by Atmosphere.

OBLU: el espíritu libre del océano

A tan solo quince minutos en lancha rápida desde el Aeropuerto Internacional de Malé, situado en el Atolón de Malé Norte, emerge OBLU Xperience Ailafushi. Desde el momento en que el muelle se acerca, se percibe una energía distinta. "Aila" significa familia y "Fushi" significa isla en el idioma local, el dhivehi. Y el nombre no es casualidad. Este resort de cuatro estrellas ha sido diseñado para redefinir la experiencia tropical clásica, inyectándole una dosis de vitalidad y atmósfera familiar que a menudo falta en los retiros más aislados.

La arquitectura de Ailafushi juega con la luz y el espacio, integrándose en el entorno sin pretensiones. El alojamiento se divide en cuatro categorías, cada una diseñada para un tipo de viajero, pero todas con un denominador común: la búsqueda del confort. Las Beach

Villas son refugios a pie de arena, donde el jardín trasero es, literalmente, el océano. Despertar aquí es abrir las cortinas y dejar que la brisa marina inunde la habitación, con la posibilidad de caminar descalzo desde la cama hasta la orilla en cuestión de segundos.

Sin embargo, la imagen icónica de Maldivas se materializa en sus Water Villas. Estas estructuras, suspendidas sobre la laguna turquesa mediante robustos pilotes de madera, están moldeadas con la forma de un dhoni, evocando la herencia marinera del país. Alojarse en una de ellas es vivir en un estado de flotación perpetua. La terraza privada se convierte en una extensión del salón, y la escalera que desciende directamente al agua transforma el océano en una piscina privada infinita donde disfrutar del baño o practicar snorkel. Para las familias o grupos de amigos, el resort ofrece también dúplex que permiten privacidad y convivencia, desechando esa idea de que Maldivas es un territorio exclusivo para lunas de miel.

Otro de los detalles que distinguen a OBLU Ailafushi y que justifican por sí solo el viaje, es su audacia gastronómica, pues su máximo exponente se encuentra bajo el agua: Only BLU, el restaurante submarino más grande de Maldivas. Al llegar al comedor, con su diseño en forma de herradura, la realidad exterior desaparece. Ventanales de cristal curvado separan al comensal de un ecosistema vibrante. Mientras se degusta una cocina gourmet moderna, es habitual ver pasar tiburones de arrecife de punta negra, tortugas curiosas y ban-



Cada atolón, cada isla privada de Maldivas, ofrece una narrativa diferente

cos de peces tropicales que parecen observar a los humanos con la misma fascinación con la que son observados.

Más allá de la experiencia submarina, la vida en Ailafushi gira en torno al ocio desenfadado. El corazón de la isla es el X360 Bar, una estructura junto a la piscina que ofrece vistas infinitas a la laguna y donde la música y la coctelería crean un ambiente eléctrico al atardecer. OBLU rompe con el mito de que en Maldivas «no hay nada que hacer». Desde pasear por La Promenade, un bulevar chic con tiendas y cafés, hasta dejarse mimar en su spa, el resort invita a una actividad constante.

Varu: retorno a las raíces

Si Ailafushi es la energía vibrante y moderna, Varu by Atmosphere representa el alma pro-